

La naturaleza de la ficción

Mark Jacobs

Sus dientes atraían la luz del sol y los ojos de los transeúntes. Más que un espectáculo, constituían toda una revelación. El adjetivo “perfecto” no resultaba suficiente para describir tan brillante simetría. La miró salir por la puerta trasera de un Mercedes verde-azul y entrar al mundo inferior. Una cadena de oro colgaba de su cuello como una aureola fuera de sitio, la tersura de la seda ondulaba sobre sus hombros. La mujer restallaba. Deseó estar lo suficientemente cerca como para oler el dinero en su aliento. Luego, en el sucio e ínfimo caos de la calle empedrada, ella sonrió y él resintió su sonrisa. A partir de ese momento, nada fue igual.

Lo que los dientes de la mujer revelaron a Ángel Rojas fue la nada: la nada que él era y poseía, la nada que significaba para los demás. Vacío de un trago su azucarado café negro, arrojó el vaso de plástico a la calle y vio a la mujer desaparecer como si fuera una aparición. Bajo su lengua quedó el gusto amargo de la nostalgia, no por la mujer, sino por lo que significaba, lo cual ya era algo.

Luego de tomar el café, caminó los diez minutos que restaban para llegar a su oficina, el sitio más cercano a la libertad de todos los que constituían su mediocre existencia. Sin embargo malgastó su libertad describiéndose a sí mismo. Sus dientes torcidos y manchados, con cráteres purulentos que periódicamente eruptaban con un dolor que le revolvía el estómago, representaban lo menos malo de sí mismo. Lo que realmente le molestaba era su situación: funcionario de bajo nivel en el Departamento de Pesquisas, con un escritorio en los sótanos del edificio de la Oficina Nacional de Investigaciones: el centro de la mediocridad. Un anodino ciudadano de 43 años de edad en uno de los países más pobres de América Central: el centro de la intrascendencia. Su rostro era cóncavo y su complexión acusaba la cetrina apariencia de la enfermedad. Por la noche, en la cama, cuando Pilar lo buscaba con la mano, no lo encontraba ahí. Su esposa le reprochaba precisamente lo que él no podía cambiar: una especie de presencia negativa más inquietante y próxima a la muerte que la simple ausencia.

Se obligó a no contar los 13 escalones que conducían al sótano. Machicado levantó la vista del espejo oculto en la gaveta de su escritorio

en el cual acostumbraba contemplarse cuando creía que nadie lo miraba. Chupó su lápiz y miró a Ángel con gesto de herida acusación: “Díaz estuvo aquí hace diez minutos. Venía todo sudoroso y silbaba al respirar. Quiere verte en su oficina”.

Machicado tenía sólo 35 años y su esposa 20. Era bonita y todavía creía en el futuro de su esposo. La pose de superioridad de Machicado al mirar a su amigo y colaborador caminar penosamente hacia un porvenir desprovisto de sol y horizontes, le resultó intolerable. No le preocupó la posibilidad de encontrarse en graves problemas porque cuando Díaz estaba realmente furioso, solía mandar señales de humo. Ángel pudo haberse mostrado más interesado y solicitar mayor información; pero la persistente imagen de los magníficos dientes de la mujer de oro y seda lo habían hundido en un estado de precavido aturdimiento.

—Refréscame la memoria—, exigió amablemente el jefe del departamento de Investigaciones desde su impresionante escritorio de madera, cuya límpida y extensa superficie sólo aparecía quebrantada por un aparato de teléfono. Díaz creía en la delegación de funciones. Era un mayor retirado que irradiaba superioridad y había sido comisionado un año antes para limpiar un misterioso enredo en el Departamento. Aún lucía el casquete corto de los militares y estaba en excelente forma para sus más de 50 años. El hombre echaba chispas, pero Ángel estaba acostumbrado a sus exabruptos.

—Fuiste tú quien escribió el informe acerca de Mesón, ¿verdad?

Eladio Mesón era un paladín de los derechos humanos y uno de los más respetados críticos del gobierno. Ángel sintió una inquietud pasajera. En un raptó de aburrido resentimiento había inventado un breve episodio para darle un poco de cuerpo al expediente de Mesón. Algo relacionado con un contrabando de armas para resucitar a los rebeldes en Nicaragua. En un mal día, en un lugar como el Departamento de Investigaciones, cualquier error producto de una ociosa imaginación como el que había ocurrido, podía ponerlo de patitas en la calle.

—Lo siento—, comenzó. Se detuvo cuando vio arrugas de sorpresa encender las coloradas orejas de su jefe. Siempre le recordaban antenas parabólicas en miniatura, eficaces recolectores de valiosa información.

—Es que me sorprende...

—¿Te sorprende?

—Que usted lo recuerde. Eso es todo.

Las orejotas de Díaz captaron la información que acababa de generar. Ángel pudo escuchar el desmayado sonido que hizo al chocar contra el piso de una de las celdillas secretas en el cerebro de su jefe.

—En estos momentos la superioridad está muy interesada en Mesón. Ya te habrás enterado de las declaraciones que hizo en París.

—Que estamos ahora tan lejos de la democracia real como lo estuvimos bajo los militares. Que el presidente es un títere del coronel, que los jueces son corruptos y el Congreso incompetente.

—Hay mucho más de lo que apareció en la prensa; pero no estoy autorizado para entrar en detalles. Tiene que ver con el financiamiento internacional y sobre todo con nuestra credibilidad. Al grano ambos estaríamos en mejor situación si consigues algo más acerca de las actividades de Mesón y el contrabando de armas. Hay pistas que seguir, así que síguelas. Siéntete en libertad de salir de la oficina cuando quieras. Actúa con discreción, pero actúa. Consíguenos algo sustancioso y no te arrepentirás del esfuerzo, Rojas. ¿He sido lo suficientemente claro?

De no haber sido por la mujer con dentadura perfecta, Rojas hubiera confesado su error, arriesgado un leve castigo, tal vez pasado una semana incómoda... Pero no quiso hablar de ello. Además Mesón era un alcohólico y un maldito traidor a juzgar por la manera en que sobajaba a su país ante los extranjeros ingenuos. Aun antes de abandonar la oficina de su Jefe, Ángel despreciaba ya al paladín de los derechos humanos.

—¿Qué vas a hacer?—, quiso saber Machicado. Se escarbaba los dientes con un lapicero que semejaba el camuflado cañón de una pistola. Machicado se sentía guapo, a tal grado, que si tuviera la oportunidad, estaba seguro de conseguir trabajo como galán de cine en Hollywood o en México. No podía imaginarse cuán repugnante se veía en ese momento; parecía un perro en un basurero rascándose los genitales.

Ángel sacó del archivero el expediente de Mesón, extendió el contenido sobre su escritorio, se desentendió de su compañero de oficina y comenzó a estudiarlo. Había mucho material, sin embargo la mayor parte estaba compuesto por recortes de periódicos: las declaraciones hechas por Mesón, informes acerca de su persona, resúmenes y análisis de las investigaciones y reportes realizados por su oficina. La modesta mentira de Rojas resultaba poco convincente junto a los abundantes recortes de prensa detallando las virtudes y los pronunciamientos políticos de Eladio Mesón.

...Durante su visita a Managua para asistir al Congreso de Sociología, Mesón fue visto en reuniones con miembros del MLP, un grupo extremista enemigo del proceso democrático. La segunda vez que Mesón fue visto, participaba en la entrega de un camión cargado de rifles M-16 en una bodega propiedad de un contacto del MLP.

—Voy a salir un rato—, le dijo a Machicado. —Si llama Díaz, dile que salí a investigar.

—¿Quieres un consejo?

—No.

Salió. Se regaló el lujo de la mañana deambulando abstraídamente por la ciudad. Toda su capacidad de razonamiento se concentró en sus piernas que avanzaban como si tuvieran vida propia. Se dejó llevar pasivamente. Era la época más verde de la primavera. Respiraba un aire húmedo y acre impregnado de una presencia animal, la esencia de alguna peligrosa criatura demasiado enorme para ser visualizada. Nubes con melenas enmarañadas y ondulantes, oscurecían con extrañas e ingravidas sombras las colinas cercanas y los pedregosos valles de la capital. Ángel se quitó el reloj sin siquiera mirarlo y lo introdujo en la bolsa de su camisa. Siguió caminando hasta que luego de un rato, se percató de que había comenzado a desaparecer.

Una oleada de viento fresco descendió por la calle por la que Ángel caminaba; sintió el aire frío entrar por un costado y salir por el otro lado. Los transeúntes parecían no percatarse de su presencia, así que bajó de la acera para evitar ser atropellado por una apresurada mujer que empuñaba una sombrilla en forma de estoque. Por primera vez desde que podía recordar, dejó de calcular el tiempo, dejó de dividirlo en unidades de preocupación, dejó de reprocharse a sí mismo por no haber construido su propia identidad. Se convirtió en un ojo.

Sin párpado. Trató de cerrar el ojo sin conseguirlo. Curiosamente, el dolor y la nitidez que le producían mirar ajeno a todo pensamiento, resultaba como la libertad misma. Lejos del centro de la ciudad, a través de un portón abierto a la calle torcida y empedrada por la que ascendía, vio a una vieja cubierta con un holgado vestido amarillo haciendo tortillas. Sus expertas manos modelaban la masa con más eficacia que cualquier máquina. Rápido, cada vez más rápido. La poderosa luz solar caía sobre una mancha de pasto para acumularse después en un charco que se extendía por todo el patio donde la mujer, sentada, fabricaba su millonésima tortilla. Sin dejar de trabajar, modelando la masa con sus fuertes, morenos y pujantes dedos, levantó los ojos y miró hacia la calle; pero no vio a Ángel Rojas. Él no estaba ahí. En el espacio vacío acechaba algo diferente. Algo que durante un largo e irrestricto momento, Rojas escuchó resollar.

—Puedes probar todo esto...

Machicado, intimidado por la presencia de un superior de quien podría depender el tan anhelado ascenso, atestiguó el ínfimo drama representarse a sí mismo. La premeditada inquisición de Díaz fatigaba a Ángel y obstaculizaba cualquier pensamiento coherente; sin embargo había anticipado la pregunta del jefe y pudo responder.

—No, no puedo probarlo. Carezco de información suficiente para probar algo. Lo único que tengo son las piezas dispersas de un mismo rompecabezas.

—Está bien. Sigue haciendo lo que estés haciendo.

—Tengo que hacerlo fuera de la oficina

—Hazlo entonces —concedió Díaz de mala gana—. Solamente pasa por mi despacho antes de salir.

—Estás cavando tu propia tumba—, le dijo Machicado cuando Díaz salió. —Te estás pasando de listo. Lo único que ellos necesitan hacer es checar un solo detalle y eres hombre muerto.

—Ya lo había pensado. Pero a ellos no les interesa si los detalles son verdaderos o no. Lo que quieren que haga es que les confirme lo que ya creen.

—¿Cuánto te está pasando Díaz?

No había forma de que Ángel pudiera caer en la trampa.

—Voy a salir un rato—, dijo.

—Todo lo que has estado haciendo estos últimos días es salir un rato, Rojas. No es justo. Qué demonios haces cuando no estás aquí.

—Investigar, *compañero*,* que para eso nos pagan.

—¿Sí? Pues a mí me parece que te estás metiendo en una ratonera. No te lo van a perdonar, ¿sabes?

—No tienen por qué hacerlo.

Pero Ángel tenía muy poca paciencia como para malgastarla discutiendo con Machicado. Por primera vez en su vida estaba por encima de su compañero de trabajo y eso le gustaba... Machicado envidiaba su contacto directo con Díaz, la compensación monetaria que Machicado estaba seguro recibía del jefe, el alivio de la rutina en aquel sótano sin aire. Ángel hubiera podido sentir lástima por Machicado, pero no la sintió.

Sabía que necesitaba un sitio tranquilo para trabajar y lo había encontrado en una pequeña *confitería** cuyos panecillos dulces, cafés exóticos y música clásica, parecían no interesarle a nadie. La mesera, una diminuta mujer con clásico rostro maya, tenía la apariencia de estar esperando, no a él, sino algún acontecimiento importante, algo que justificara el suplicio de la espera que ella, evidentemente, estaba padeciendo. Le sirvió café colombiano y lo dejó en paz. Rojas, por su parte, solo deseó poseer el conocimiento necesario para identificar al genio alemán que había compuesto las notas que burbujeaban en cascada por todo el establecimiento; pero solo abrió su libreta.

Lo inesperado fue la profunda, dulce satisfacción que lo embargó cuando construyó la otra vida de Eladio Mesón. Ahora, después de dos semanas de trabajo intenso, parecía complicado, y algunas veces ridículo,

establecer los límites estrictos entre lo que el mundo sabía acerca de Mesón y lo que Ángel meramente intuía.

Resultó que Mesón había concertado una alianza con el MLP de Nicaragua para derrocar a ambos gobiernos mediante un movimiento de mini-dominó que derivaría en la toma del poder por la extrema izquierda. Todo esto ocurriría cuando la gente menos se lo esperara, sobre todo el Tío Sam, quien en la actualidad dormitaba en su habitual modorra. El principal contacto de Mesón en Nicaragua era un pseudo-sociólogo llamado Borges, quien sin dejar de tener una exitosa y productiva relación de trabajo con los sandinistas, sobre todo con los hermanos Ortega, representaba a su vez a los más moderados personajes de la izquierda moderada, mismos que no tenían la intención de permitir que las corrientes del neoliberalismo y la democracia fraudulenta los redujera a la más absoluta irrelevancia. El toque maestro de Borges consistía en protegerse tras el respetable disfraz de científico social.

El caso Borges fue el toque maestro de Ángel. Sus instintos de investigador resultaban dignos de confianza. Entendió desde el principio que no podía apartarse demasiado de lo que pasaba en Nicaragua. En *Barricada** se había topado con una entrevista hecha al polémico y no muy expresivo sociólogo y decidió que el pobre diablo merecía una vida más plena que la mediocre con que todo el mundo lo conocía hasta entonces. Así que Ángel le construyó una más apropiada. La conexión Mesón-Borges fue la pieza que faltaba para entender cabalmente los acontecimientos.

Hubiera podido hacer más y hacerlo mejor, pero resistió la tentación. Además de los periódicos nicaragüenses, su fuente de información consistía en un sandinista resentido que vivía en la clandestinidad temeroso de las represalias que pudiera acarrearle su participación en el asesinato de un *comandante** que había estado utilizando helicópteros del gobierno para sacar de la jungla maderas preciosas. Para Ángel, la razón de la muerte del *comandante** fue su negativa a eliminar a un oficial antagónico. Como quiera que haya sido, Rojas le aseguró a Díaz que su informante había aceptado gustoso la modesta gratificación que el Departamento de Investigaciones pudo conseguirle. Sin embargo el asunto de la credibilidad emergía cada vez que Ángel se sentaba a trabajar: ¿Qué tanto se suponía que el hombre supiera?

Dos días antes Mesón había anunciado su viaje a Estados Unidos. Iba a entrevistarse con el director ejecutivo de *Americas Watch*. Lo que no dijo fue lo que todo mundo suponía iba a denunciar algo tan grave que tenía que hacerlo fuera de Honduras. Ángel sabía que debía fabricar un telón de fondo para el viaje de Mesón y para ello necesitaba acercarse a una nueva

fuentes informativas; no obstante, sabía también que no podía actuar precipitadamente. Por mucho que sus jefes quisieran buena información acerca de un mal muchacho, Díaz no era ningún imbécil. Ángel cerró su libreta, repuso la cubierta de su pluma y pagó su café. Un paso en falso resultaría fatal. La mesera de rasgos mayas le devolvió el cambio con la actitud de quien porta un mensaje de sus propios antepasados: un mensaje que ameritaba toda la atención que Ángel Rojas pudiera concederle.

De pronto se vio en su casa, sin pensamiento ni voluntad. No alcanzaba a recordar cuándo había sido la última vez que llegó a su casa antes de finalizar un día de trabajo. Tampoco Pilar. La encontró sentada en la penumbra viendo un juego de lotería por televisión. La pantalla estaba llena de pelotas numeradas que crujían como palomitas en una urna, mientras una mujer con despampanante escote y vacua sonrisa daba vuelta a la manivela.

—Sin novedad—, le dijo a su esposa. Los niños aún estaban en la escuela. A solas con Pilar, sin el pretexto de los hijos y ajeno a la confusión familiar, advirtió una sensación parecida a la timidez.

—No me gusta tenerte aquí durante el día—, le dijo. Y sin quitar la vista de las pelotas de lotería en la pantalla, agitó su café con una cuchara.

Lo más interesante de todo lo que le venía sucediendo, era que todo ello le proporcionaba una nueva visión de las cosas. Con la peineta de plata sosteniendo en alto su larga cabellera oscura, Pilar no parecía la frustrada esposa de un hombre invisible. En ese momento, era la hija de un espía español en problemas con su propio gobierno. El padre había muerto en el exilio sin un centavo, dejándola en el desamparo total. Su piel pálida lucía enfermiza, marchita, y las pronunciadas ojeras volvían sus ojos negros más profundos de lo que realmente eran. Sintió culpa, lástima por ella y luego una creciente oleada de ternura, tan extraña e inesperada, que le llevó tiempo reconocerla como tal. Cruzó la sala, encontró una botella de ron en el gabinete, vertió un buen tanto en la taza de café de Pilar y volvió a ofrecérsela.

—Te noto cambiado, Angelito—, le dijo. —Seguro estuviste con otra mujer, ahora te sientes culpable y tratas de congraciarte conmigo.

Ángel negó con la cabeza; pero lo más interesante fue que ella le creyó.

—Bebe—, le dijo. Ella bebió y le ofreció después la taza. Ángel degustó más ron que café.

—Qué es lo que quieres, Ángel.

—Quiero hacer el amor—. Y al decirlo se dio cuenta de que era verdad.

Ella sacudió enfáticamente la cabeza como si la hubiera insultado. Sin embargo parecía tan dispuesta como él a escapar del letargo en que se

habían convertido sus vidas, y luego de una resistencia que resultaba placentera por sí misma, se sometió a su esposo. Se desvistieron el uno al otro en la sala, con lentitud, como si tuvieran todo el tiempo que necesitaran. Ningún teléfono sonaría, ningún rostro infantil aparecería en la puerta, ningún reloj-despertador estallaría en sus cabezas recordándoles sus obligaciones y necesidades, ni cuánto había encarecido el valor de las provisiones. Fue como subir con los ojos vendados a un bote de alta borda para remontar un río inexplorado. Por lo regular Pilar hacía el amor en silencio y en ocasiones Ángel echaba a perder su propio placer imaginando los reproches que ella le formulaba calladamente. Pero esta vez hizo ruidos parecidos al gorjeo de un pájaro y cuando alcanzó el orgasmo se rió tan larga y guturalmente que le devolvió a Ángel su sentido de seguridad.

—He estado soñando—, le dijo a Rojas. Estaban acostados de espaldas en el piso, compartiendo los restos del ron y del café. —Con ésta van tres veces. Sueño que soy un pájaro negro con alas poderosas y enormes. Estoy volando pero hacerlo me causa dolor. No sé por qué me duele. Luego me doy cuenta que mis garras sostienen una enorme piedra. Entonces la dejo caer.

Ángel no quiso seguir escuchando.

—Tengo que trabajar.

—¿Qué te está pasando, Ángel?

—Que mi trabajo marcha muy bien, eso es lo que me está pasando.

—Te comportas como si fueras otra persona—. No era una reclamo, solo un comentario.

Se puso de pie y se vistió. Buscó el sobre en la bolsa de su pantalón. Todavía estaba cerrado. Le agradó ignorar cuánto le había dado Díaz y por lo tanto no saber cuánto dejaba sobre los pechos de Pilar.

—Las cosas están mejorando—, le dijo.

—Ángel—, lo llamó cuando lo vio caminar por la sala.

Se le ocurrió que Pilar bien podría quedarse acostada en el suelo todo el día y esta posibilidad le produjo inmenso placer. Imaginó encontrarla en la tarde serenamente borracha, gorjeando en sueños mientras los niños bailaban alrededor de su cuerpo, convertido ya en una maternal hoguera de buenas sensaciones. Se detuvo.

—Hicimos bien el amor, le dijo ella y Ángel se sintió aliviado.

—No lo estarías gozando tanto si no estuviera yo aquí para verlo—, le dijo Machicado. La futura estrella del *cine** mexicano tomó de la charola uno de los delicados y crujientes panecillos que Ángel había llevado a la oficina para revitalizar la hora del descanso.

—Dime una cosa. ¿Crees que Mesón es un patriota?

—Mejor tú dime una cosa, Rojas ¿Hasta dónde vas a llegar? No puedes estar inventando toda la vida. Un día de estos Díaz se va a levantar de la cama y decirse esto es demasiado bueno para ser verdad.

—Ángel había conseguido información desde adentro. La secretaria de Mesón estaba furiosa porque su jefe había terminado sus relaciones amorosas con ella a pesar de que todavía la conservaba en la nómina de pago. Todo esto resultaba una humillación insoportable para una mujer que tenía tres cuartas partes de una licenciatura en Derecho y abundantes planes para el futuro. Ángel admitió que había tenido suerte. En efecto, Mesón había terminado recientemente su relación con su secretaria. Todo el mundo lo sabía y sería fácilmente corroborado. Díaz proporcionó sin titubeos la miserable cantidad que ella exigió en pago. El motivo fundamental, reportó Ángel, fue la venganza. Tan importante como la buena suerte, era saber aprovechar lo que se encontraba uno en el camino.

Descubrieron que el viaje de Mesón a Estados Unidos iba a ser utilizado como el escenario para denunciar el ocultamiento que habían hecho los militares del resultado de las investigaciones llevadas a cabo luego de la masacre de trabajadores huelguistas en una plantación bananera. Los espantosos detalles de la matanza habían sacudido al país durante una semana. Tanto las autoridades civiles como militares prometieron que esta vez —esta vez— los responsables no quedarían sin castigo. La estrategia de Mesón consistía en utilizar el acontecimiento como un marro cuyos golpes pondrían en fuga a las lacras sociales que por tanto tiempo había estado denunciando: débil administración civil, impunidad militar, desinterés por los legítimos derechos laborales.

—¿Qué sucederá si juzgan a Mesón, Rojas? Supongamos que hay un juicio y el gobierno se ve obligado a utilizar todas las cosas que has estado inventando. ¿Qué pasará entonces?

—No habrá ningún juicio—, dijo Ángel. Estaba seguro de ello. Estaba seguro de que el caso no podría continuar por siempre, que estaba arriesgando su bienestar, su jubilación, su honor. Pero también era un hombre sensato que sabía calcular. Y calculó que aún podría sostener las cosas un poquito más, quizás hasta que Mesón regresara de Estados Unidos. En varias ocasiones, desde su primera incursión en la recreación del pasado, el miedo lo había despertado a mitad de la noche. Se retorció sudoroso en la cama, con la cabeza afiebrada por coloridas visiones en las que se veía descubierto, humillado y llevado a juicio. Sin embargo calculaba también las posibilidades de algo más duradero que se desarrollaba a partir de lo que era, después de todo, un experimento. El puesto del

ayudante de Díaz podría quedar vacante muy pronto. Ángel Rojas, fortalecido y con un salario respetable de por medio, se haría cargo del trabajo.

—¿Cómo sabes que no habrá juicio?

—Porque el gobierno se estaría enjuiciando a sí mismo si juzgara a Mesón. Es un hombre muy astuto y no desaprovecharía la oportunidad que un juicio ofrece para hacer relaciones públicas. Lo único que hago es alimentar el fuego que hay en la cabeza de algunos militares para que sigan adelante.

—Reconozco que eres bueno para eso, Rojas. Todo lo que has inventado parece verdad. Algunas veces vuelvo a casa pensando en que todo lo que has escrito acerca de Mesón es verdadero. Luego, cuando lo veo en la televisión o leo algo sobre él en los periódicos, no puedo dejar de interpretar la situación basado en lo que hay en su expediente. Pero las cosas te pueden salir mal, muy, muy mal, y yo no quiero que ellos piensen que estoy metido en esto.

—He tenido mucho cuidado, Machicado. Pero si algo sale mal, te prometo que no saldrás perjudicado—. Se dio cuenta de que a su compañero le seguía molestando la idea del dinero extra que Ángel recibía. —Mira, por qué no salimos los cuatro a celebrar esta noche. Llama a Primi y dile que los Rojas quieren invitarla a salir. Voy a estar fuera toda la tarde, pero puedes llamarme a casa por la noche para ver dónde nos vemos.

—¿Vas a salir otra vez?

—A investigar, amigo mío, a investigar.

—No tengo ganas de salir esta noche.

—Como quieras— le dijo Ángel—. Pero si cambias de idea, llámame.

A Machicado le encantaba salir lo mismo que a su esposa, Primi. De alguna manera vivían para ello. A Machicado le gustaba contar chistes, payasear, ganarse el afecto de quienes lo rodeaban, y a Primi le fascinaba calentarse bajo el resplandor de la actuación de su marido. Así que a Ángel no le sorprendió cuando sonó el teléfono esa noche. Ya le había dicho a Pilar que iban a salir. Con el dinero contenido en el sobre que le había entregado Díaz, Pilar se compró un vestido nuevo: un conjunto en azul con un chal negro que le hizo recordar a Ángel que su mujer era la hija abandonada de un espía del viejo mundo y que él le debía un cierto grado de caballerosidad y respeto.

—¿Ya te enteraste?, le preguntó Machicado. Ángel reconoció el tono de su voz: era miedo; viéndolo bien, el mismo miedo que a él lo despertaba durante la noche. Inmediatamente se vio a sí mismo en la oficina de Díaz tratando de explicar lo que había hecho. Podría lograrlo. Inhaló de golpe. Sintió el aire como si fuera el último aliento de la libertad.

—¿Qué?

—Prende el radio

—¿De qué se trata, Machicado? Dímelo de una vez

—Prende el radio

Machicado colgó. Desde su hermoso vestido azul, los ojos de Pilar detectaron algo nuevo. Pilar lo miró y supo al instante que todo había terminado. —Mentiroso—, le dijo en voz baja por encima de las cabezas de los niños que miraban abstraídos caricaturas en el televisor.

Nada que decir. Antes de que pudiera leer la línea de palabras del boletín de noticias en la parte baja de la pantalla del aparato, Ángel ya había salido por la puerta.

Sin ningún lugar al cual ir, fue precisamente ahí hacia donde se dirigió. Caminó cuidándose de evitar cualquier sitio en el que pudiera escuchar un radio. Se percató de su excelente condición física y de que ésta era resultado del tiempo que había pasado fuera de la oficina caminando, deambulando. La ciudad estaba fría. El viento tenía dedos y los dedos uñas que lastimaban. Olió aceite de cocina y tortillas y frijoles; escuchó el lamento ritual de los *mariachis** practicando las mismas *rancheras** de siempre, pensó en cuanta banalidad fuera capaz de distraer su mente. Terminó en las orillas de la ciudad, tan lejos de su casa como pudo llegar. En la *confitería**, la mujer de rasgos mayas todavía estaba de servicio.

Le trajo un café que no bebió. Ángel era, como siempre, su único cliente. La miró regresar junto al aparato de radio que había estado escuchando cuando Rojas entró al establecimiento. Con un rápido vistazo la mujer sopesó la posibilidad de que su movimiento pudiera molestarlo pero aún así aumentó deliberadamente el volumen... Ángel advirtió en ello el golpe de la fatalidad; no obstante también estaba consciente de que cualquier otro hubiera podido confundir el acto de la mujer con sabiduría, perspicacia o como quiera que se llamara a lo que tuviera la forma de la sagrada inevitabilidad.

El cuerpo de Eladio Mesón, connotado activista de los derechos humanos, había sido encontrado en un *arroyo** de las afueras de la ciudad, a la vera de la carretera que conduce hacia la costa norte. Tenía un tiro en la cabeza y otro en el corazón. Una nota fue encontrada en la guantera de su carro abandonado cerca del *arroyo**. Aunque no se había hecho público el contenido de la nota, fuentes policiacas informaron al reportero de *Radio Testigo** que la nota parecía confirmar la suposición de que Mesón había sido ejecutado por un fánatico de la extrema izquierda; alguien que entendía las actividades de Mesón como una forma de colaboracionismo.

Ángel escuchó al Ministro del Interior y al Comandante de las Fuerzas Armadas hacer una declaración conjunta mediante la cual establecían que esta vez —esta vez— el crimen no quedaría impune. Las pesquisas continuarían hasta que se hiciera justicia. Ninguno de los dos sugirió algún otro posible motivo para el asesinato. Después escuchó declaraciones de personas demasiado temerosas de hablar en defensa de Mesón mientras estuvo vivo.

—Se lo merecía—, se quejó Ángel intempestivamente frente a la mujer de rasgos mayas. Ella lo miró con sospecha y apagó el aparato. Para alguien que no tuviera tratos con el gobierno Mesón era un héroe; solo que ese héroe ahora tenía alas. Ángel depositó en la mesa una abundante propina y salió del establecimiento. Una vez en la calle, su cuerpo se tambaleó.

Bebió pero no pudo emborracharse. Luego de varias horas alcanzó una especie de pasmada sobriedad, un estado de sólida pasividad que lo alejaba de cualquier posibilidad de violencia. No regresó a su casa. Aunque parecía imposible, presintió que Pilar adivinaría su secreto y esto la obligaría a despreciarlo. Lo único cierto es que él debería despreciarse a sí mismo. Miró al sol salir sobre la ciudad como si lo hiciera por última vez y caminó lentamente hacia su oficina.

No le sorprendió que Machicado se reportara enfermo. Esperó, incapaz aun de fingir que trabajaba, hasta que Díaz apareció.

—Me imagino que ya estás enterado—, le dijo suavemente su jefe.

Ángel intentó leer las emociones que relampagueaban sobre la dura y marcial cara del hombre. Las antenas de sus orejas permanecían inmóviles. Díaz mostraba una calma profesional. Podía ser una actitud de recatado triunfo o simplemente de vigilancia. Díaz lo miró largamente, durante el tiempo suficiente como para asegurarse de lo que necesitaba saber.

—Eso es lo que los *gringos** no entienden—, dijo Díaz pensativo. No se dan cuenta de lo violenta que puede ser la izquierda, especialmente entre ellos mismos. Si no se la pasaran dividiéndose en grupitos y matándose unos a otros, ya serían los dueños de todo el continente. En fin, creo que ya puedes cerrar el expediente de Mesón, ¿no?

Ángel podía y lo cerró.

—No creas que tu trabajo no será tomado en cuenta. Estoy en posibilidad de asegurarte que tu valiosa contribución al caso Mesón será recompensada—, le dijo el director de Investigaciones antes de salir de la oficina.

No creyó necesario darle las gracias a Díaz. Cuando Ángel lo miró salir se volvió automáticamente hacia el archivero. Abrió una gaveta y se quedó petrificado con una mano sobre el rimero de expedientes. Sintió que alguien estaba detrás de él.

Al principio pensó que se trataba de Machicado que llegaba tarde para representar la conciencia que Ángel no necesitaba. Luego pensó —aunque esto resultaba pura fantasía, un mero producto del cansancio— que se trataba de Eladio Mesón o de alguien como él. Y aunque no podía verlo claramente, sabía que alguien estaba ahí.

Ángel cerró los ojos y pudo advertir la respiración del hombre, quieta y lenta, precisa como un reloj. No era Díaz o alguien del Departamento de Investigaciones. Aquello no tenía cuerpo, sólo presencia. Intempestivamente caminó hacia el escritorio de Machicado y sacó de la gaveta superior el pequeño espejo de su compañero. Por un momento había pensado que sus nervios le jugaban una mala pasada y que la presencia advertida podría ser la suya propia. Pero tampoco fue así. Cuando miró por el espejo, él no estaba ahí.

Colocó cuidadosamente el espejo cara abajo sobre el escritorio de Machicado. Cerró los ojos y contuvo el aliento. Pensó que si se controlaba, si alcanzaba un estado de inmovilidad absoluta, tal vez podría descubrir a quien quiera que fuera que no estaba ahí.

Traducción del inglés de Luis Arturo Ramos.

Las palabras marcadas con asterisco (*) están escritas en español en el original.

